

de la Santa Cruz; deseas imprimir de rodillas un ósculo en cada una de sus huellas y formar con las niñas de tus ojos el suelo que pisan aquellas divinas plantas; ya van á ejecutar la sentencia mas inicua; nunca mas mentirosos los hombres en sus balanzas; el Hijo del hombre vá á ser exaltado, el título *de Rey de los judíos* se manda poner en lo mas alto de la Cruz, escrito en tres lenguas, Hebréa, Griega y Latina, para que sea conocido de todos, y sirva su castigo de un general escarmiento; en medio de dos facinerosos es conocido el que se merece sentar á la diestra de Dios Padre; y el juez que lo sentencia queda muy sereno con haberse lavado las manos.

QUINTO MISTERIO.

CONSIDÉRANSE LAS CAIDAS QUE EL SEÑOR DIÓ EN EL CAMINO DEL CALVARIO.

Inocentísima Paloma: sin embargo de las delicadezas propias de tu sexo, lo fino de tu naturaleza, la proporcionada organizacion de tu cuerpo, lo débil de tu complexion, y la insuficiencia de una criatura para tanto padecer, en tu fidelísima inmovilidad y constancia estoy admirando que tú eres la Muger fuerte; es muy superior á tu sufrimiento lo que padeces: ¡qué chica seria la grandeza de tus Dolores,

si pudiera nuestro entendimiento concebirla! Una Doncella fecunda, una Madre Virgen, un parto sin mancha; ninguna, ninguna de estas escelencias podemos entender, porque para concederlas el Señor, claro está que no se habia de arreglar á la bajeza de nuestras ideas, como no se arregló tampoco en hacerte sentir mas de lo que podemos imaginar. Son, Señora, tus congojas muy superiores á las debilidades de tu sexo; ¡cuánto esfuerzo necesitas para ver cómo tu Santísimo Hijo, caminando por el monte Gólgota, cae tres veces en tierra oprimido con el peso de la Santa Cruz, se abren de nuevo las heridas, se lastiman con cada golpe los huesos, y se tiende por el suelo la Santa Humanidad, derramando sangre por nuestras culpas! ¡O impulsos del pecado, que debilitas, desmayas, y tres veces derribas á nuestro Dios! ¿No es éste Señor aquel Dios Fuerte que sostiene las virtudes, manda las dominaciones, se sienta sobre los querubines, en cuya presencia tiemblan las potestades? ¿pues cómo así estropeado de los hombres, y sujeto á las miserias de una villana naturaleza? Esta consideracion aumenta tu dolor: ¡qué poco falta, afligida Madre, para quedarte sola en el mundo, sin el Santo Sacerdote, sin el inocente Abel, sin el obediente Isaac, sin el bendito Jacob, sin el sabio Salomon, sin la cabeza de la Iglesia, sin el Hacedor de todas las criaturas! ¿Qué causa hubo

para este odio rabioso de los judíos? ¿este premio dan los hombres á la mas eminente virtud? ¿esta es la correspondencia de sus milagros y doctrina? ¿á un esceso tan enorme se avanzan las maldades del mundo? ¿cómo subirá el Señor hasta el monte de la Mirra, si va tan sin fuerzas, que sus propios enemigos temen que acabe de morirseles en el camino? No fué piedad el ponerle un mozo de Cyrene que le ayudara, sino medio para conservarle la vida, por el deseo que la perdiese con afrenta. ¿Dónde está el ángel que lo confortó en el Huerto? ¿dónde los siete príncipes que asisten delante de su trono; el Padre que habló en el Tabor, el Espíritu Santo que bajó en el Jordan? Todos son Misterios escondidos á nuestra ignorancia, en estas incomprensibles disposiciones del Altísimo.

SESTO MISTERIO.

MEDITASE EN LA CRUCIFIXION DEL SEÑOR.

Hija poderosísima del Eterno Padre: del mismo modo que las vírgenes de Jerusalem se juntaban todos los años, para llorar amargamente la temprana y lastimosa muerte de la desgraciada hija de Jephthé, nosotros te acompañamos, Madre y Señora nuestra, en el tierno y justísimo llanto, porque ya ves á nuestro

Dios crucificado, desnudo, taladrados sus divinos piés y manos, con los brazos abiertos para medir el mundo con sus misericordias; ¿dónde están ahora las puras alegrías y gozos interesantes que sentiste cuando te saludó el ángel, cuando nació en Belen, cuando lo adoraron los pastores y reyes, cuando confundía á los sabios, sanaba á los enfermos, multiplicaba los panes, y manifestaba en todo tu Santísimo Hijo ser el único verdadero Dios? Ha llegado la hora funestísima de esconderse las luces de la Divinidad en ese mar de penas; tu imaginacion zozobra en medio de nuevas temerosas olas, que por donde quiera te combaten; nunca la orfandad mas desamparada estuvo tan distante de la alegría; nunca la viudedad mas triste tuvo mas reñida oposicion con el gozo; nunca la soledad mas abandonada estuvo sujeta á tan melancólicos pensamientos. Para formar concepto de lo que tú padeciste, Señora, era necesario comprender ó experimentar lo que es ser Madre de Dios, lo que quiere decir Jesucristo Crucificado; y mientras no tengamos el debido concepto de estas altísimas ideas, siempre estarán tus Dolores tan distantes de nuestra inteligencia, como tus merecimientos, tu dignidad y tu gracia. Todos tus placeres se han convertido en acibar, veneno, rigor, y amargura es lo que pruebas: dureza y contradicciones lo que experimentas: tú tambien estás vestida

en traje de pecadora; y á pesar de tu inocencia, sientes el insoportable peso de la culpa. ¡O, cómo ves con una santa envidia los dichosos brazos de la Cruz, por habérseles concedido la honra, que por ahora se te ha negado! Cuando entraba el Señor en tu casa fatigado de predicar el Evangelio, lograbas la dulce satisfacción de limpiar el sudor de su Rostro, de prepararle el descanso, darle de comer y beber, poniéndote con su Magestad á la mesa, para alimentarte mas bien que con los manjares, con la leche racional de su doctrina: pero ahora mira qué dia tan distinto es *el viérnes veinte y cinco de Marzo*; llegan las tres de la tarde, y aun no te desayunas, ni tienes ni pides una poca de agua con que humedecer tus fauces secas, á causa de la pena y de los ardientes rayos del sol: no conviene ni alcanzas á limpiar á aquel Divino Rostro que ha empañado la grosería de los ministros: pasó el medio dia, y ya no es el tiempo de ponerte á la mesa con el Señor. Fatigada, débil, cansada, llorosa, en oracion continua, sin haber tomado alimento ni refrigerio, sin lograr un rato de sombra, sin haberte podido sentar ni un instante, atropellada de la multitud, deshonrada, despreciada, presenciándolo todo, esponiéndote á las mas circunstanciadas vergüenzas, observando uno sobre otro infinito de los mas horrendos y sacrílegos atentados.

SEPTIMO MISTERIO.

CONSIDÉRASE EN LA SED QUE PADECIÓ EL SEÑOR.

Madre sapientísima del Divino Verbo, Madre tan dichosa como desgraciada; ¿conoces á ese Señor que tenéis tan cerca? ¿es éste aquel claro espejo de belleza en que se miraba tu hermosura? ¿son esos los ojos que con sus miradas convertian á los pecadores? ¿es ésta la frente que quisieron las turbas coronar en el Desierto? ¿es ese venerable Rostro el embeleso de los cielos? ¿esa lengua la que desataba las enfermedades; es ese cuerpo el que recibia tus dulces amorosos brazos; esos hombros los que sostienen al Universo; esas rodillas las que se hincaron delante de Júdas; esa cabeza sobre la que bajó el Espíritu Santo; esos piés los que dieron tantos pasos en solicitud de los pecadores? ¿es éste el Unigénito del Padre, el concebido por obra de la Gracia, el anunciado por el ángel, el adorado por los príncipes, el que desearon los patriarcas, y baticinaron los profetas? ¿dónde está la túnica que le formaron tus manos? ¿No respondes? ¿no hablas? pues oye siquiera lo que dice tu amantísimo Hijo desde la Cruz: *Tengo sed.* ¿A qué moribundo se le ha negado este consuelo? ¿Cómo penetra esta sentida queja lo mas delicado y amoroso de tu corazon! ¿có-

mo quisieras tú misma convertirte en agua cristalina para humedecer las fauces de tu Señor ¿por qué no mandas á los ángeles que vengan de rodillas á servirlo? Perdona, Señora, las preguntas y curiosidades inútiles de nuestra ignorancia, que no somos capaces de conocer unos Sacramentos tan altos, que únicamente debemos adorar: no hay una poca de agua para el que las elevó sobre el firmamento, las congregó en el mar, las multiplicó en el Diluvio, las dividió en el paso de los israelitas, las santificó en el Jordan, y riega con ellas al mundo para corregir todos los años las infecundidades de la tierra: sin tomar aguas desde el día anterior, desangrado con las heridas, debilitado con el sudor, despedazado con los azotes, fatigado con el camino, postrado con el cansancio, ¿qué ardiente será la sed que produce una mortal agonía, y aproxima la muerte de nuestro pacientísimo Jesus? Esa agua que le niegan los hombres, poco despues la derrama por ellos en la herida del costado, acaso la pedia para concederles este nuevo favor; y ellos anduvieron tan insolentes é inhumanos, que en lugar de agua le dieron vinagre. No hay lengua, Señora, que pueda decir, ni palabras que puedan explicar lo que tú padeciste cerca de la Cruz.

Despues del octavo Gloria Patri, considérase

LA MUERTE DEL SEÑOR

Amantísima Esposa del Espíritu Santo: á tan crecidos Dolores, se añade ahora el presenciarse y ver con atentos ojos el justo sentimiento de toda la naturaleza, por lo que se hace con su Criador en ese monte: mira por todas partes la conmocion y enojo, el resentimiento y semblante triste del Universo; el sol y la luna se eclipsan, se oscurecen y sufren un mortal deliquio; se chocan y despedazan las piedras, se rasga el velo del templo, se viste de tinieblas el mundo, arrastra negras bayetas el aire, se abren los sepulcros, y resucitan los muertos: todo se trastorna y se confunde, se estremece con temblores el globo de la tierra, se empañan los cielos, se obstinan y endurecen los hombres, se suspenden admirados los ángeles, se retiran amedrentadas las aves, las fieras corren pavorosas á encerrarse en sus cavernas, se derrite el corazon de los justos, y hasta un gentil de Areópago congetura, que ó padece su Autor, ó á la naturaleza le amenaza su última ruina. ¿Qué es esto, Señora, que por donde quiera registran tus ojos? Jesucristo tu amantísimo Hijo que está para exhalar el último aliento de la vida sobre el Madero Santo de la Cruz; por eso se escandalizan y llenan de horror todas las insensibles criaturas, se asusta el cielo con la novedad de este pecado, y se avergüenza la tierra por haber sido escogida para teatro sangriento de tan lastimosa tragedia.

Creció por todas partes tu desconsuelo, cuando adviertes que por causa de la elevacion no puedes dar á tu Hijo los últimos abrazos, ni despiderte de su Magestad con todas las demostraciones de ternura que dicta tu amorosa reverente devoción; quisieras lavar las inmundicias y polvo de su cara con lágrimas de tus ojos; quisieras deshacer con amorosos afectos lo que un ingrato pueblo causó con crueldad horrible. ¿Cómo te preparas para recibir la mayor herida, la pesadumbre mas fuerte? Se renuevan ahora todas las tristezas, porque ya llegó el momento en que con una grande voz, con un clamor, con un suspiro, con una inclinación de cabeza. . . .

Murió Cristo en la Cruz. Acabaste, Señora, de experimentar el cruelísimo rigor, no con que mancha la tinta, pero sí con que oprime la pena del pecado. Murió tu Jesus, Señora, perdió la vida el Autor de ella: murió la inmortal Segunda Persona de la Trinidad Augusta: de un Madero Santo está pendiente el sagrado cadáver de la Sabiduría Eterna; ese Divino Cuerpo de repente se ha quedado helado, sin movimiento, sin vida y sin sangre, sin el uso de sus sentidos, y todo despedazado delante de tí. ¡O cuchillo el mas penetrante de dolor, y cómo traspasas de parte á parte el corazon tierno de la mas Santa y pura de las vírgenes! ¿Dónde está nuestro primer padre Adán, que vea to-

do el efecto que ha producido la infinita malicia de nuestro pecado? Enséñale, Madre mia tu corazon, que ese propiamente ha sido el Monte Calvario, donde para salvarnos, ha muerto nuestro Redentor. Vuelve, Señora, los ojos á ese difunto Cuerpo, y mira la cama en que acaba de morir: sin tener almohada en que reclinar su cabeza, eclipsada la luz de sus ojos, cárdenos los labios, y estampada en su Divino Rostro la amarillez espantosa de la muerte. ¡Ah! ¿cómo quisieras haberle puesto tus brazos, ó el sagrario de tu pecho para que á lo ménos descansara en los últimos momentos de su vida! No hay remedio, Señora; no pueden por ahora tener consuelo tus Dolores, ni cumplimiento tus piadosas consideraciones: es fuerza que subas al primer asiento de la gloria por el último escalon de la tierra.

OFRECIMIENTO

DE LA CORONA.

Soberana Reina y escelsa Señora: nosotros te ofrecemos humildemente la Corona que acabamos de rezar, para que unida con tus Dolores y la Sangre de Jesucristo, la presentes en el solio de la Trinidad Augusta, rogándole por el bien de nuestras almas; por el acierto de nuestro soberano Pontífice, y exaltacion de

adoro en este Divinísimo Sacramento, en que deseoso de favorecernos, te quisiste quedar con nosotros hasta la consumacion de los siglos; tu Cuerpo sacrosanto, tu preciosísima Sangre, tu Alma bendita, tu Esencia Divina, tu Sagrada Persona del Divino Verbo, tus soberanos atributos, y las otras dos Divinas Personas, el Padre Eterno y el Espíritu Santo; todo lo creo, confieso y adoro en este Augustísimo Sacramento que instituíste para gloria tuya y eterna honra de la Iglesia: es un sacrificio incruento, un compendio de tus maravillas, una memoria de tu Santísima Pasion, un epílogo de tus finezas, un testimonio de tu sabiduría y magnificencia, una señal de aquel amor infinito, con que despues de miserablemente perdida, reparaste nuestra manchada naturaleza: te doy infinitas gracias, porque te dignaste derramar sobre nosotros las bendiciones de tu misericordia; y te suplico humildemente recibas el corto obsequio de los seis Padre nuestros y seis Ave Marías que acabo de rezar, con intencion de ganar las indulgencias concedidas por los sumos Pontífices: pidiéndote por el remedio de las necesidades y exaltacion de nuestra Santa Madre Iglesia; por la salud, paz, union y victoria de los príncipes cristianos contra los infieles y hereges; por la pureza y estension de nuestra santa fé católica; por la estirpacion de todas las heregías, errores y pecados mor-

tales; por los infieles, hereges y judíos para que se conviertan; por los justos para que no caigan; por los pecadores para que dejen de serlo; por las naciones idólatras para que conozcan tu Santo Nombre; por el bien espiritual y temporal de los vivos; por el alivio de las benditas almas del Purgatorio. Perdona, Señor, los defectos de nuestras oraciones, y la bajeza de nuestro reconocimiento: no permitas, Padre clementísimo, que yo muera sin recibir primero dignamente el santo sacramento de la Penitencia, tu Santísimo Cuerpo, y la Santa Extrema-uncion, con todas las demas prevenciones cristianas: concédeme una verdadera conversion, una vida perfecta, el singularísimo don de la perseverancia final, una muerte preciosa en tus Divinos Ojos, para que yo sea digno de alabarte por los siglos de los siglos. Amén.

